

# Leonardo Castellani



**Psicología Humana**

Quizás el más sorprendente de los libros de Castellani: repleto de saber, erudición, conocimientos, humor, talento, literatura. Un saber integrado sobre uno de los temas más difíciles del mundo: el alma humana. Nadie como Castellani para abordarlo, nadie como él para explicarnos cosas que nos desbordan por doquier (y que se refieren a nosotros mismos). Un libro difícil, tal vez. Imprescindible para cualquiera que quiera saber alguna cosa sobre la psiquis del hombre, sobre Freud, sobre el psicoanálisis... pero también sobre la mística, la política y la poesía. Son 14 imperdibles conferencias (y se pueden leer perfectamente por separado).

## Índice de contenido

Cubierta

Psicología humana

Palabras liminares

Segunda edición

I - Realidad del alma

El espíritu del subterráneo

EXCURSUS I. El objeto formal de la Psicología.

EXCURSUS II. Stephen Hawking y el Santo Job

II - Las funciones

La increíble fauna humana

III - La integración

El monstruoso marqués de sade

EXCURSUS III. «El delincuente nato».

IV - La unificación

La invisible danza de los gestos

EXCURSUS IV. Los elementos del gesto.

EXCURSUS V. Los estadios de la vida de la lengua.

EXCURSUS VI. Leyes del estilo oral.

V - La psicanálisis

Una psicanálisis aceptable

EXCURSUS VII. La plenivivencia.

EXCURSUS VIII. Las raíces de la religiosidad.

VI - El carácter

El resentido del año 33

EXCURSUS IX. El carácter.

EXCURSUS X. Hambre y sed de justicia.

VII - Las ilusiones

Los sueños de Teresa Neumann

EXCURSUS XI. Psicología de la estructura.

VIII - La presencia

Al Hallaj, poeta, hereje y mártir

IX - Los instintos

La filicida de Merlo

X - Los afectos

El delirio de Juan Jacobo

EXCURSUS XII. La mística devenida política.

EXCURSUS XIII. Contentos, alegrías y júbilo.

XI - Las ideas

Un suicidio horrible

EXCURSUS XIV. «El gran banquete de la naturaleza» y «El convite de la sabiduría».

EXCURSUS XV. «Las cosas de la compañía» y la decadencia moderna.

## XII - La sublimación

La vida torturada de Baudelaire

EXCURSUS XVI. Las diversas clases de contemplación.

## XIII - La creación

La adivinación de los sueños

EXCURSUS XVII. El ensueño.

## APENDICE: XIV - El alma

Sobre el autor

Notas

## PALABRAS LIMINARES

Me piden que prologue este libro y mi pregunta ha sido: ¿Por qué yo? Honestamente, mi campo no es la Psicología por mucho que haya estimado al Padre Castellani. Me contestan que la razón del pedido es porque soy el único sobreviviente que conocen que haya asistido al curso sobre cuya versión textual dictada por el autor en 1953 se ha editado esta obra.

La lectura de los originales ha sido para mí una experiencia muy honda porque me ha hecho revivir un momento de mi vida y recordar esas maravillosas lecciones recibidas del Padre.

He dicho que no soy psicólogo y no importa ciertamente pues lo que nos enseñara Castellani era lo que un hombre medianamente culto debiera saber de Psicología y que precisamente no coincide con lo que nos dictaran en el bachillerato sino como la contracara de aquello. Lejos de la Psicología positivista, de la Psicometría y de una Psicología reñida con la Metafísica, las lecciones que siguen demuestran que para ser buen psicólogo se necesita cultivar el hábito y no encerrarse en el método, pero teniendo una base filosófica.

Que es lo que demuestra Castellani enseñando con lenguaje llano –nunca hablaba «en difícil»– aun de las nociones más sutiles del alma. Todo sin neblinas subjetivas (a las que son proclives especialmente los psicoanalistas), transparente, lúcido y todo sobre un fondo de la realidad como es: completa, sin abstraer nada de su contexto.

Para lo cual acude, cuando las circunstancias lo aconsejan, a la anécdota oportuna, el chiste ocurrente, al juego de palabras ingenioso; todos recursos didácticos finísimos que ayudan a entender mejor las cuestiones del alma que se presentan como una imagen y no como productos de puros raciocinios.

Recuerdo que las clases de este curso memorable durante los meses de invierno empezaban a las 18:30 en punto los martes y costaban \$10, lo cual era una pobre retribución a enseñanzas que no tenían precio pero que le venía bien al Padre desheredado por la Compañía y sin un lugar donde caerse muerto. ¡Por suerte vivió 27 años más! El lugar era el Teatro del Pueblo que ya no existe más aunque el edificio de Diagonal Norte a un paso del Obelisco todavía existe. Había que bajar al sótano por una escalera estrecha lo cual le daba el aire de una cueva subversiva, como lo fue originalmente esta sala donde se representaban exclusivamente obras de autores socialistas y anarquistas, con la particularidad de que después de la función había un debate. En este teatro insólito, el Padre Castellani subía al escenario, que estaba muy alto, con toda energía y se paseaba ágilmente de un extremo al otro mientras hablaba o se detenía frente a un pizarrón donde dibujaba esquemas o escribía nombres y frases que apelaban a la retentiva del público. Su voz modulaba dentro de un amplio registro convirtiéndose en vozarrón viril cuando convenía, adoptando tonos inesperados cuando imitaba a los personajes de los relatos y jamás cayendo en la monotonía.

Mi encuentro con los originales de este curso no podría celebrarlo más pues es para mí como recobrar la memoria de un recuerdo muy caro intelectualmente hablando. Por sus características, leerlo ahora es como estar oyéndolo a su autor con su estilo directo, sin remilgos, sin frases hechas, con ese estilo «conversado» que tenía su oratoria no dirigida al mundo abstracto sino a cada uno

de sus oyentes. De allí que pudiera decirse en verdad que el Padre Castellani daba estas conferencias para *todo público*, en el buen sentido de la expresión pues aunque fuera heterogéneo cada uno en su nivel recibía su mensaje. Tal vez podría compararse su fecundidad a un mar lleno de pesca la cual pudiera ser recogida con distintos tipos de redes según las especies. Porque nadie se quedaba sin cosechar.

Me acuerdo bien que hablando con mi novia de entonces –que es mi mujer desde hace más de 40 años– le previne de que el Padre era un poco excéntrico y que tal vez le chocara. Para mis adentros yo tenía un poco de respeto humano porque me parecía que no podía presentarlo como un gran profesor por tener esa modalidad. Ella acababa de llegar de Cambridge en cuya Universidad se graduara y después de la primera conferencia me respondió: «El Padre Castellani me recuerda mucho más a los buenos profesores que tuve allá que a esos profesores pomposos que son tan comunes aquí». Y es cierto, la falta de convencionalidad es una buena cualidad de los docentes universitarios ingleses –como lo pude comprobar después teniéndolos como maestros y como colegas en Londres– que se caracterizan por tener una soltura de espíritu no muy fácil de hallar entre nosotros.

Estas clases de Psicología ciertamente no se parecen en nada a la lectura de un Tratado, como suelen ser frecuentemente las clases «doctorales», sino que más bien se asemejan a una visita guiada a un laboratorio; no tenían nada de librecas y en todo caso uno participaba del experimento antes de sacar las conclusiones del caso. Todo lo que decía el Padre tenía una «fuerza tremenda», eso que él mismo define como «la suprema cualidad de la literatura». Por lo cual me quedó siempre pendiente una pregunta que me hubiera gustado hacerle: siendo así: ¿por qué quería y admiraba a Borges?, ya que haciendo aquella afirmación había dado en el clavo de por qué Borges

no puede ser considerado un gran autor puesto que toda su literatura carece de esa fuerza tremenda que está necesariamente emparentada con la noción de «*mysterium tremendum*» que define a la Religión. Vaya uno a saber; el caso es que releýéndolo ahora me ha ayudado a descubrir el *quid* de la cuestión.

Es que muchas cosas que he venido dando por sabidas hasta ahora, como descubiertas por mí mismo, me parece que las aprendí en este curso inolvidable. Algún psicólogo pedante y superficial dirá que la bibliografía que cita Castellani está pasada de moda. Él contestaría que sí y remarcaría *de moda* pero también nos recordaría con von Monakof que «lo que en Psicología no es tan antiguo como el mundo es falso». Suprema sabiduría de detectar primero lo permanente, lo principal y dejar lo accesorio en segundo lugar.

Es curioso que, cuando hablando de la educación de los sentimientos hace algunas recomendaciones sobre la formación de un seminarista, resulte que todas las virtudes aconsejadas las tenía él en grado sumo: una sólida formación intelectual, educación artística, don de oratoria y hasta cierto histrionismo sin el cual la predicación puede ser poco efectiva: el ideal del hombre completo que él llenaba a las mil maravillas con humildad y hasta una exagerada timidez que sabía vencer cuando era preciso establecer comunicación con un auditorio nutrido y heteróclito.

Porque el Padre Castellani no sólo sabía Psicología teórica sino que daba testimonio de dominar la práctica igualmente. Que es la que demostró en este curso felizmente rescatado para este tiempo y el que venga.

Algún lector se preguntará si éste es un libro de Psicología religiosa ya que su autor es un sacerdote y habrá que contestarle que sí, pero de la buena. Nunca cae en el lugar común, ni en la beatería. Al contrario, la combate. Lo religioso en este libro no viene prefabricado ni es, por lo tanto, deleznable. Pero todas sus reflexiones ayudan extra-

ordinariamente al conocimiento del alma, de la propia alma, sin lo cual las virtudes personales pierden todo sustento. Y eso hay que saber agradecerlo porque no hay muchos autores que nos ayuden en ese sentido: una Psicología «desde el alma» en vez de sólo «hacia el alma».

Patricio H. Randle.

## **SEGUNDA EDICIÓN**

El hallazgo de apuntes de Psicología que el Padre Castellani utilizó en el Instituto Nacional del Profesorado de Buenos Aires, ha permitido corregir y anotar esta segunda edición de Psicología Humana, tarea que fue llevada a cabo por el P. Carlos Biestro.

# I - REALIDAD DEL ALMA<sup>[1]</sup>

## EL ESPÍRITU DEL SUBTERRÁNEO

«La Psicología consiste en observar el propio espíritu en vez de observar la realidad de las cosas» (Chesterton). Pero el propio espíritu ¿no pertenece a la realidad de las cosas? Y el espíritu en general ¿no es la misma realidad de las cosas –o por lo menos, uno de sus elementos *más importantes*?

Esta conferencia versa sobre el OBJETO de la Psicología, objeto que Chesterton considera como un vano narcisismo, como si fuera la Psicología el vano espejo de una mujer coqueta.

Este reproche de Chesterton es justo respecto a varias Psicologías; porque existen así, en plural. Decir «la Psicología» en singular y con mayúscula es un error hoy día. Porque eso no existe<sup>[2]</sup>.

La respuesta al reproche es que el espíritu es una realidad, y una realidad formidable. ¡*La realidad del alma!* –exclama el *psicólogo suizo C. G. Jung* con asombro. Es el título de uno de sus últimos libros, quizá el mejor de todos. Cree haber descubierto él «*la realidad del alma*», negada en el siglo pasado por los psicólogos llamados *fenomenistas*<sup>[3]</sup>.

El siglo pasado contempló el intento de una «Psicología sin alma». Así se llama el libro de Lange (1828-1875), y así podrían calificarse innumerables investigaciones, algu-

nas muy finas, como las de Mewmann sobre la memoria. Descartaban el *alma-sustancia*<sup>[4]</sup>, sea por prejuicios filosóficos (positivismo<sup>[5]</sup>) sea por escrúpulos metodológicos (actualismo); pero tenían una falsa noción de lo que se entiende por *sustancia*<sup>[6]</sup>.

Naturalmente, no negaban la realidad de la conciencia, del pensamiento, del Yo, pues eso es imposible; pero pretendían estudiar solamente los actos (los «fenómenos», o sea las apariciones) y ellos no considerados como una corriente continua sino estrictamente como *actos*, es decir, como una sucesión de apariciones diferentes; y rechazaban con furor a veces la sustancia del alma, considerada como una especie de cascote, o de cogollo, o de hoguera con chispas o de viento, o de aliento, –o de éter. A estas cosas las llamaban «*metafísica*», y les causaban una indignación desproporcionada. ¡O *philosophi, non transcendentem imaginationem!*<sup>[7]</sup> –diría Alberto el Magno.

¿Contra quiénes se indignaban en realidad? ¿Contra los metafísicos? No, sino contra los físicos; es decir, contra los «presocráticos»<sup>[8]</sup>, que realmente consideraron al alma como un viento, como un agua, como un fuego o como una «armonía»; mas los presocráticos ya están muy lejos. También se indignaban contra el vulgo y contra los espiritistas, que consideran al alma como una especie de figura de uno mismo hecha de neblina.

Muchos de estos fenomenistas (y uno de ellos es Jung) fueron lo bastante honrados intelectualmente para estudiar todos los fenómenos y estudiarlos bien; y el resultado fue que tropezaron con algo que no llamaremos «sustancia», ni menos «espíritu inmortal» sino simplemente «*permanencia*». Atención con esta inocente palabra, que va a dar grandes sorpresas. Se encontraron con una «permanencia» de los fenómenos psíquicos que no tiene igual en todos los reinos de la naturaleza; por ejemplo, que un acto de la primera infancia puede resucitar en la pubertad convertido en neurosis.

Pero «resucitar *un acto*» no es la palabra, porque *todos* nuestros actos resucitan.

Pero *resucitar* tampoco es la palabra, porque todos nuestros actos nos *siguen*, no mueren.

Pero *seguir* tampoco es la palabra; pues que todos nuestros actos, sin exceptuar uno, nos *constituyen*.

Ésta es pues una permanencia *excepcional*, una permanencia de disparate. Fíjense: si yo dijera que todas las chispas de un yesquero (o encendedor) constituyen el encendedor; o todos los golpes de un motor de explosión, constituyen el motor, he aquí un disparate. Sin embargo ésa es la muy extraña y muy obvia y muy evidente *permanencia del alma*.

«*En nuestros actos hay algo que permanece*»: he aquí una proposición evidente, tanto que no se puede negarla sin afirmarla; porque si yo dijese: «*en nuestros actos nada permanece*» ¿acaso no pretendería con ella que mi afirmación quedase, permaneciese? Es decir, ¿para qué diría yo eso sino para que esa afirmación fuese oída, entendida, recordada y convertida en norma de conducta?

Tenemos pues que alguna *permanencia* de nuestros actos es cosa de primera evidencia; la cuestión es saber cómo es esa disparatada permanencia.

Me propongo en estas conferencias hacer Psicología lo más posible por medio de «*hechos*». Los raciocinios abstractos ya están en los libros; lo que se necesita es vivificarlos por medio de la contemplación y la comprensión de la realidad, por medio del análisis de lo concreto. El «*objeto de la Psicología*» ha sido definido de cien maneras por los autores, desde Aristóteles que decía que era «*la forma de un cuerpo físico orgánico que tiene la vida en potencia*»<sup>[9]</sup> –hasta Brentano que dice que es «*los actos intencionales*»<sup>[10]</sup>. Son buenas definiciones, pero no dicen nada, sino al final del curso. ¡A los hechos! Vamos a ver la realidad del alma o la «permanencia» del Yo o la importancia de la Psicología en el «*espíritu del subterráneo*» que

dice Dostoiewski, es decir; en el trasfondo de nuestros actos, en el «foso» que dice Santa Teresa, o el subsuelo que dice el ruso. Eso que llaman hoy «Subconciencia» existe; pero es algo mucho más sorprendente y difícil que una polvareda de actos o un montón de fango caliente, como las «solfataras» de Nápoles.

Hay una novelita de Dostoiewski que nos va a servir muy bien para considerar esa «realidad del alma». Dicen que en esa novelita, incomprendible para el vulgo, Dostoiewski es precursor de Freud; no lo sé. Allí describe un alma abyecta, lo más abyecta que se puede dar; y esa alma es su propia alma. Pero ¡qué permanencia, qué coherencia, qué resistencia mayor que el acero tiene esa alma aparentemente en caos!

## EL ESPÍRITU DEL SUBTERRÁNEO<sup>[11]</sup>

«Soy un hombre enfermo... Soy malo. No tengo nada de simpático. Creo estar enfermo del hígado; aunque mirándolo bien no entiendo de eso, ni sé a punto fijo dónde tengo el mal. No me cuido ni nunca me he cuidado, por más que profeso estimación a la Medicina, pues soy sumamente supersticioso, o por lo menos lo bastante para tener fe en la Medicina. (Mi ilustración me permitiría no ser supersticioso, y sin embargo lo soy...). No, caballero; si no me cuido es por pura maldad: eso es. ¿Acaso no puede usted comprenderlo? Pues bien, caballero, lo comprendo yo, y basta. Sin duda no acertaría yo a explicarle a quién perjudico yo en este caso con mi maldad. Me hago perfecta cuenta de que, no cuidándome, no perjudico a nadie, ni siquiera a los médicos; mejor que nadie en el mundo, sé que sólo a mí mismo me hago daño. No importa; si no me cuido es por malicia. ¿Qué tengo enfermo el hígado? ¡Pues que reviente!».